

## **SIRENA DE PAPEL**

Como cada noche, desde que tenía trece años, me sentaba en la terraza de mi casa y observaba las pequeñas luces que podían verse en el horizonte del mar. Eran barcos de pesca que salían a faenar. Yo, metida en mis pensamientos, me imaginaba miles de historias de aquellos marineros. Me preguntaba si en esas frías y largas noches verían seres de cuentos extraordinarios, oirían cantos de bellas sirenas, si les cegaría el brillo de ciudades marinas escondidas en las profundidades y un largo etcétera que me encerraba en mi mundo durante horas imaginando, soñando, volando... quizás porque desde que nació el mar había sido mi vecino.

Las noches eran tranquilas pero esa noche algo me sacó de mi cuento marino. Las luces parecían más apagadas y tristes que habitualmente y el mar parecía inquieto. Veía una pequeña luz que seguía el movimiento de las olas. Se acercaba a la orilla muy lentamente. Me quedé mirando ese pequeño punto hasta que el sonido de sirenas de ambulancias, policías ... se presentaban en la playa. Desde la oscuridad del mar comenzaban a salir una persona, tras otra, parecía que nunca acababa esa larga fila de personas esperando a ser arrojadas con mantas y cogiendo las botellas de agua como el tesoro máspreciado. Eran emigrantes. Personas que buscaban en nuestro país mejores oportunidades que las que el suyo les brindaba. Dejaban atrás familia, amigos, sus hogares... hogares que les habían dado la vida pero de los que tuvieron que salir para poder mejorar.

Pasaron varios días desde que todo ocurrió pero mi cabeza no dejaba de darle vueltas a lo que había visto: niños en brazos de sus madres y de desconocidas a las que las madres dejaban a cargo para proporcionarle una mejor vida a sus hijos, personas mayores, adolescentes ...

Llegué del colegio. El día estaba nublado y parecía que iba a llover. Me fui a la playa, a la zona donde esas personas habían llegado. Se veía todo diferente. ¿Tan mal estaban en su país para confiarles su vida al mar? ¿Para dejar atrás su vida? ¿A su familia? ¿Su hogar? Noté como alguien se acercaba, no eché demasiada cuenta, hasta que una voz detrás de mí comenzó a hablarme, me giré y vi a

un chico alto, moreno de piel, con los ojos grandes. Sin ni siquiera mediar palabra comenzó a contarme una historia, su historia:

“Con 17 años conocí el mar, era mi gran ilusión, poder bañarme en el inmenso e infinito mar. Ver peces, criaturas marinas... El día que conseguí verlo no podía imaginarme que horas después se convertiría en mi peor enemigo, me arrebató a las personas que más quería.

Una barca nos esperaba a unos cuantos kilómetros de aquí, y allí mis padres me confiaron al mar. A mí y a mis dos hermanos. Querían lo mejor para nosotros. Querían darnos la mejor de las vidas. Querían que estudiásemos aquí. Estaban seguros de que alguien nos querría, no más que ellos pero sí que se asemejara. Y con lágrimas en los ojos nos despidieron. Al principio vimos una gran aventura, pero no veíamos el peligro de esa aventura. Mi madre nos llenó un pequeña bolsa con comida y agua. La aventura se alargó, nos llevamos dos días encerrados en una pequeña barca en la que apenas podíamos movernos. Mis hermanos más pequeños que yo, lloraban. No podía hacer nada, me sentía inútil al no poder consolarlos. Hace tres noches una débil voz informaba al resto de “pasajeros” que se veían luces. No tuve ni ganas ni fuerzas para mirar. Cuando llegamos, estábamos deshidratados, helados, muertos de hambre...

¿Cómo era posible que mi sueño de conocer el mar se había convertido en tal pesadilla? Hace días que no veo a mis hermanos, no sé donde están, pero espero que ellos estén bien, porque era nuestro fin, conseguir una vida mejor”.

Me quedé helada. No supe que contestar. Como era posible que dos chicos de la misma edad habían vivido una vida tan distinta la una de la otra. Pude observar que sus ojos estaban llorosos. Al momento me di cuenta de que este chico era un inmigrante de aquella barca de hace unos días. Cuando pude, empecé a hablar con él. Le dije que aunque no nos conociéramos podría contar con mi ayuda en todo lo que necesitara. Él me dijo que lo que más necesitaba era hablar, recordar su vida antes de que el mar lo separara de ella. Acepté encantada, por lo que le propuse quedar todas

las tardes a la misma hora y así nos contaríamos nuestras historias y podríamos conocernos mejor. Le saqué una sonrisa, sonrisa que escondía la pena y el dolor de lo que su corta vida le había preparado.

Eran las doce de la mañana y el día se me estaba haciendo eterno, no veía la hora de irme a casa y prepararme para contarnos nuestras historias.

La alarma de mi móvil comenzó a sonar, me lo apunte por si algún plan tonto ideado por mi madre hacía que me olvidara de mi cita. Salí corriendo y allí estaba, sentado en la playa, me esperaba ... ¿quién me esperaba? Ni siquiera sabía su nombre. Cuando llegué me dijo:

- Abdel

Madre mía, parecía que me estaba leyendo la mente, pero tenía tantas ganas de que empezara a contarme su historia que rápidamente contesté:

-Elena.

Sonrió. Me encantó. Y comenzó como lo hizo el día antes. El tiempo pasaba volando. El sol se escondió antes de que nos diéramos cuenta y así llegó el momento de separarnos. Yo no quería y él tampoco, pero sabíamos que al día siguiente volveríamos a disfrutar el uno del otro.

No faltábamos ningún día a la cita. Yo ya no lo veía con los mismos ojos. No era un extraño. Comenzaba a ponerme nerviosa antes de ir a verle y cada día me arreglaba más. Abdel, cada día, sonreía más y eso me encantaba. Era como si sus problemas desaparecieran durante las horas que estábamos juntos. Y me gustaba ser yo la que conseguía eso y no era fácil. Sus historias eran tristes, llenas de lágrimas y miedos.

Pasó mucho tiempo, meses, y una tarde mientras el sol se ocultaba se acercó a mi y me dio las gracias por haber sido su apoyo durante ese tiempo. Luego se acercó más y me besó. Yo le respondí con otro beso. Era todo fantástico, genial, un cuento de sirenas. Toda mi vida soñando con marineros y el mar y éste me regalaba una de las historias más bonitas de mi vida. Cuando se separó de mí, me susurró lo mucho que me quería. Se hacía tarde y cada uno

debíamos volver a nuestra casa. Llegué a casa dando saltos de alegría y con una sonrisa que no se me borraría en días, meses, años... ¿Cómo una persona que había sufrido tanto podía era capaz de querer y hacer tan feliz a alguien? Ese día apenas dormí recordando ese beso, esas palabras, esas ganas de volver a verlo y volver a abrazarle.

Al día siguiente no pude evitar contarle a mi mejor amiga todo lo que me estaba sucediendo, ella con cara extraña me dijo:

- ¿Abdel?, ¿moro?

No entendía nada. No tenía nada que ver su raza. ¿Nos teníamos que fijar en la raza para enamorarnos? No le eché cuenta, pero me enfadó, me enfadó bastante. Nada me iba a hacer cambiar de idea, yo lo quería, me gustaba, él me quería y yo le gustaba. Daba igual la raza, el color, la altura, la edad ...

Llegué a cas enojada y con la intención de confesárselo todo a Abdel ¿o no debería? Daba igual sólo tenía ganas de verle.

A nuestra hora, me dirigí corriendo hacia nuestro lugar. No estaba. Llegar tarde pensé. Me senté en la arena y mire al mar. Hacía viento y el día estaba triste. Había pasado una hora y no había rastro de Abdel ¿le habría pasado algo? ¿cómo podría enterarme? Ni siquiera sabía donde vivía ¿Por qué no me preocupé en averiguarlo? Decidí esperar. Me apoyé en una de las rocas donde Abdel y yo siempre nos apoyábamos cuando comenzamos a conocernos. Y allí un sobre blanco me sorprendió. Ponía mi nombre ¿Qué significaba eso? Lo abrí rápidamente y leí la carta. Las lágrimas empezaron a derramarse por mis mofletes helados...

- Elena:

Siento no haberte dicho antes nada, pero no podía. Se que no es la forma más adecuada de hacerlo pero no he encontrado otra mejor. Las cosas están mal y tengo que volver a mi país. Cuando leas esta carta ya estaré rumbo a mi hogar. Gracias por todo lo que has hecho por mí. Gracias por ser mi apoyo. Gracias por oírme. Te quiero mucho y

siempre lo voy a hacer. Acuérdate de mí como yo siempre lo hare de ti.

Un beso

Abdel

P.D. Intentaré volver a verte muy pronto. Espérame.

Volví a meter la carta en el sobre y me fui. Lloré, lloré y lloré horas, días, semanas y meses. Acudía todas las tardes por si volvía pero nunca lo hizo. No me podía creer que se hubiera ido ¿Por qué? ¿estaba mala su madre? ¿su padre? ¿no consiguió los papeles y tuvo que volver? ¿por qué no me lo dijo antes? ¿lo hizo bien o lo hizo mal? Mi cabeza era un no parar de preguntas que nadie respondía. Los días en que estaba negativa pensaba en que algo malo le había sucedido y no quiso decírmelo para disfrutar al máximo juntos de aquellas horas que nos alegraban las tardes incluso en los días más grises y tristes. Los días en los que estaba positiva pensaba que solo iba a ver a su familia y que volvería que algún día volveríamos a estar juntos. Me solía preguntar si algún día volvería a encontrar a una persona capaz de hacerme sonreír como él solía hacerlo, quedándose a mi lado para siempre o si Abdel volvería a por mí, a por su sirena de papel, como el me llamaba porque me encantaba el mar pero era débil como un trozo de papel porque siempre lloraba con sus historias. Fuera por lo que fuera solo tenía clara una cosa y es que nunca me olvidaría de él, de cómo mediante su vida pude conocer a una persona increíble que me abrió su corazón siendo una desconocida y me permitió conocer una nueva cultura que para mi, hasta entonces era completamente desconocida.

Cuando acepté su marcha solo me quedó desearle, en mis pensamientos, lo mejor y que nunca volviera a vivir el sufrimiento que le trajo a mi lado.

Ha pasado el tiempo, mucho tiempo... la vida me ha cambiado bastante, ya tengo una edad. Me casé con otra persona y tuve mis hijos, dos maravillosos hijos que la vida me dio. Soy feliz, diría que bastante feliz pero no como con Abdel.

Sigo viviendo en la misma ciudad al lado de la playa y cada noche, desde que tenía trece años me asomo a la terraza de mi casa a imaginarme mil historias sobre

aquellos marineros que salen cada día a faenar. A imaginarme que Abdel vuelve en su barca a buscarme. Tengo sesenta y dos años y desde que lo conocí no he faltado a esa zona de la playa donde un día fui realmente feliz. Espero aún que vuelva, nunca pierdo la esperanza y lo esperaré hasta que mis fuerzas se agoten, entonces para mis adentros le esperaré, porque por muchas cosas y tiempo que pasen siempre, siempre, siempre te esperará tu sirena de papel.

**PAOLA BIZCOCHO JUAN, 15 años**  
C. Montessori  
Huelva